La torre del Virrey
Revista de estudios culturales
40 (2026/2)

MARÍA BARCELÓ CHICO, *Acaso el grito,* Editorial PÁRAMO, 2026, 84 pp., ISBN: 979-13-991217-3-5979-13-991217-3-5

Acaso el grito es la búsqueda de la palabra que nos nombra y del lugar del silencio donde arde la herida; un lugar de desnudez donde el dolor desguarecido pisa el frío con los pies descalzos. Estamos ante un territorio en que la poeta se encuentra "a solas/ con las palabras", con la indefensión que implica ese cara a cara o, mejor, cuerpo a cuerpo contra el pico "suicida del lenguaje" que se clava como un cuchillo.

Hay una indagación metapoética que recorre el poemario y que se anuncia ya en la cita inicial de Rafael Cadenas: "Que cada palabra lleve lo que dice. / Que sea como el temblor que lo sostiene. / Que se mantenga como un latido" (p. 9). Esta búsqueda se inicia con un jadeo, sin aire, en el retorno "al primer verso/ como quien aprende a hablar". El camino comienza en una vuelta al punto de partida, pero sosteniendo un lenguaje roto. Y, allí, en el silencio del folio, donde se desliza "un sigilo de palabras", descubrimos la herida y la voluntad de sucumbir al vértigo.

Situada en el daño, la voz poética entrega "la cicatriz abierta" a los signos, "la elipsis del grito", porque el golpe como piedra de cada palabra rompe la herida y, así, "sucumbe el alfabeto". Dice María Barceló: "No clausures los párpados, / no mutiles el verbo. / Respira su desgarro". Pero, entonces, ¿a quién pertenece el dolor, al yo poético o a las palabras? ¿No será acaso el mismo dolor? ¿No será el grito-palabra la propia herida del yo poético?

Ese "grito que no cesa" pretende romper el silencio y busca nombrar, nombrarse, sentir descarnadamente: "Descálzate, dolor, / y pisa el frío", nos dice la poeta de una forma contundente. Una vez que ha hundido las manos en el dolor y ha rescatado "de la hondura lo perdido", sabe que este le pertenece y, entonces, queda la desnudez, a solas en la intemperie, a solas con la palabra y consigo misma.

En ese lugar-intemperie es donde se produce la mirada hacia sí, como el reflejo en un espejo; un mirarse sola como "carencia y búsqueda", que diría Octavio Paz en la cita que rescata María Barceló en esta parte del libro (p. 50).

La voz poética se descubre como aquella "que arroja una oquedad al aire", la que encuentra un vacío, "un impenetrable hueco/que grita"; porque escribir un poema es, como dijo Alejandra Pizarnik, reparar la herida fundamental, la desgarradura. Pero María Barceló mantiene una lucha con las palabras y contra el dolor, y es consciente de que aquellas solo son respiración, "un aire sustantivo", que irrumpen "con sus bocas de muertos/reclaman cada sílaba/como si fuera la última", pero son incapaces de alcanzar la sed y el temblor.

En la carencia adviertes
la fractura
del verso seco y descarnado.

https://doi.org/10.66015/ltv.1943

CC BY NC

No eres lo que escribes.
Ni siquiera te alcanza
lo que nombras.

Tal vez lo inédito,
lo ambiguo,
lo inexplicable.

Lo que miran los ojos cerrados.

Mirar con los ojos cerrados, cortar la flor de la infancia, "la hondura de lo perdido" y caer de bruces. Es entonces cuando "Nada, excepto la palabra, /sucede". "Así de extensa, /con su anchura, respira la palabra".

Ese caer, ese desprenderse, sucede por el deseo, aún inalcanzable, de nombrar la alegría y la belleza del mundo que vibra ante sus ojos. Delata el sinsentido del miedo y escucha, entonces, su cuerpo y la respiración del mundo, que es ya su respiración.

Vuelta hacia el asombro, mira con los ojos cerrados, palpa la luz con las manos extendidas "de ceguera a ceguera" para alimentarse con el pan que le ofrecen las horas que se van.

Con brillantez, la poeta nos sorprende descubriendo la belleza del dolor. Ese es el gran hallazgo: la búsqueda de la belleza reside en nuestra "oscura transparencia", en reconocernos "desde la simple desnudez" como "animal rendido". Y allí, en el paisaje de ser nosotros mismos, a solas y sin exigencias, escribir la alegría "sobre el filo de la herida", donde, paradójicamente, se abrirá "de par en par la palabra". Ella será la única certeza.

Con *Acaso el grito,* María Barceló consigue una poesía de gran altura gracias a un trabajo exigente y riguroso, tanto en su depurada forma como en el contenido, que ha logrado hilar con sumo cuidado en una sólida estructura, de tal manera que los poemas suenen unidos como una sinfonía. Leer este hermoso poemario es una experiencia poética potente que deja al lector suspendido en un abismo, en el puro aire, pues nos encontramos ante una poesía que es un escribir-estar descarnado, desnudo; un cara a cara con la palabra esquiva que nos devuelve un silencio-grito y, a la vez, la certeza de que sólo nos queda la palabra.

Esther Veintimilla Cruzado